

vida de **SAN** **ISÍDRO** **LABRADOR**



MARSA
GARCIA

SAN ISIDRO LABRADOR

P. Rafael M.^a López-Malús



SAN ISIDRO

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003-Sevilla



Ora Et Labora

El hombre fue creado para trabajar. Y para amar.

Algunos creen que si el hombre no hubiera pecado no hubiera tenido que trabajar. Estos tales confunden una cosa con la otra.

Ya antes de haber pecado dice la Palabra de Dios que el Señor creó al hombre “y lo colocó al frente de su jardín para que lo trabajara”. Lo que después, por eso del castigo del pecado, vendría sería “que el trabajo sea costoso”. “Con el sudor de tu frente comerás tu pan”.

Los antiguos monjes supieron sintetizar en una frase lapidaria la meta de todo monje que se sienta fiel cumplidor de la misión que Dios le ha encomendado y que por otra parte está llamado todo hombre a cumplir:

ORA ET LABORA. Reza y trabaja.

Estamos los hombres dotados de alma y cuerpo. Es una dualidad que se sintetiza en una sola y que sin ambas cosas no somos hombres. Seremos sólo espíritus si no disponemos más que de alma... Y si sólo tenemos cuerpo somos ya un cadáver.

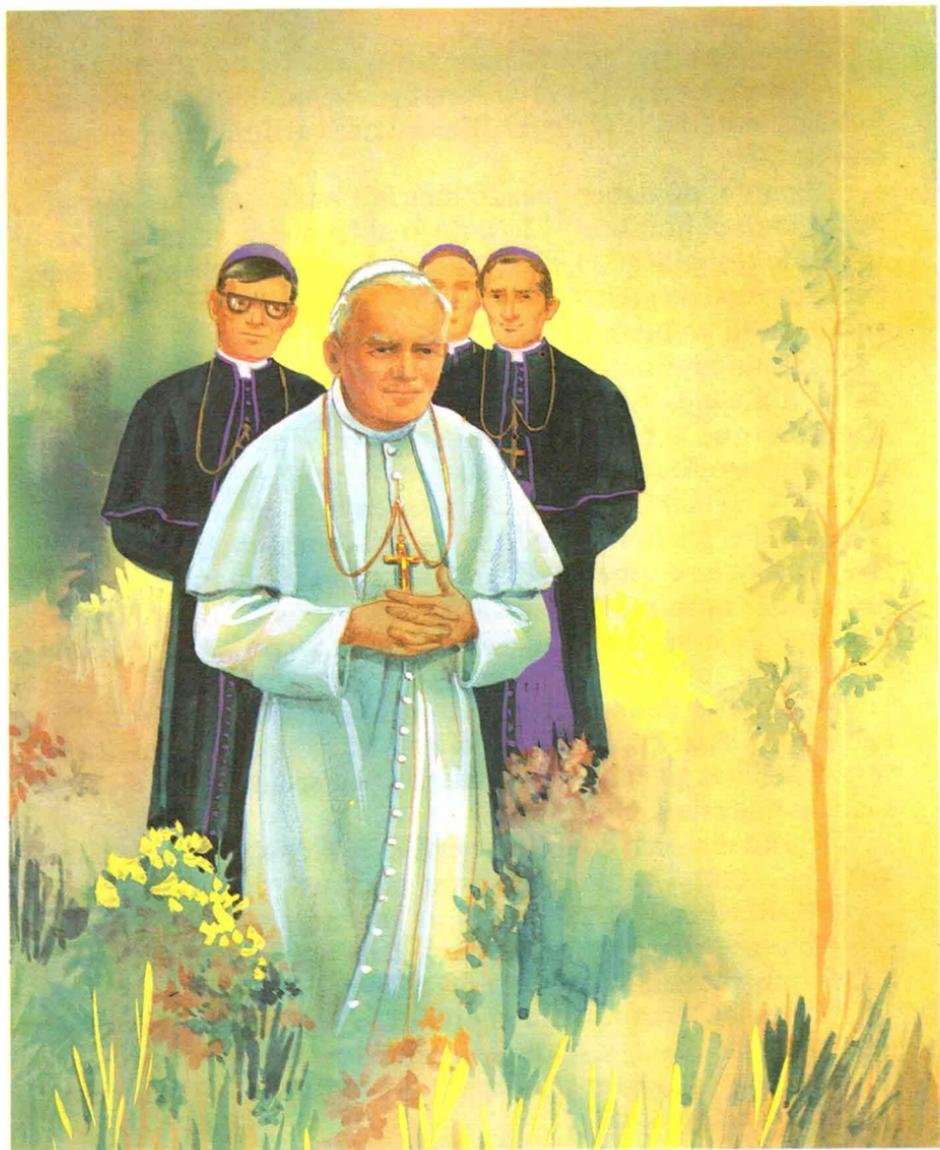
El hombre debe procurar alimentar a ambas cosas: El cuerpo y el espíritu. La meta del hombre sobre la tierra no es otra que llevar adelante la misión de perfeccionar ambas cosas: La materia y el espíritu.

De esto era bien consciente el **PROTAGONISTA** de esta historia... como veremos en estas páginas.

ISIDRO LABRADOR, que así se llama el héroe, desde que tuvo uso de razón se entregó de lleno a cumplir con el deber que el buen Dios le había encomendado.

Hoy es el Patrón de la capital de España y el Patrón y Protector de cuantos se dedican al cultivo de la tierra.

Vivió en Madrid y se entregó al cuidado de los campos durante toda su vida.



Lo ordinario extraordinariamente bien hecho

Algunos creen que la santidad es hacer cosas extraordinarias. Llenar la vida de hechos milagrosos, de prodigios, y de bárbaras mortificaciones.

De hecho en la historia de los Santos o en la así llamada Hagiografía..., se dan muchos santos por medio de los cuales el Señor ha obrado muchos y muy grandes prodigios.

Pero estos Santos no eran Santos por los prodigios que obraron, que ellos sin la ayuda de Dios no lo hubieran podido hacer, sino por la VIDA QUE LLEVARON.

Que después el Señor añadiera a sus vidas el poder de instrumentos de su Omnipotencia. Está bien, y así era. Pero el obrar milagros no es signo cierto de santidad sino el género de vida que se lleva.

Es aleccionadora la anécdota que se cuenta de principios de este siglo. Era allá por el 1916 cuando el Papa Benedicto XV paseaba con algunos cardenales por los hermosos jardines Vaticanos..., y charlando dijo el Santo Padre:

—“He disfrutado estos días leyendo unos cuadernillos de una monjita carmelita francesa que murió a finales del siglo pasado”.

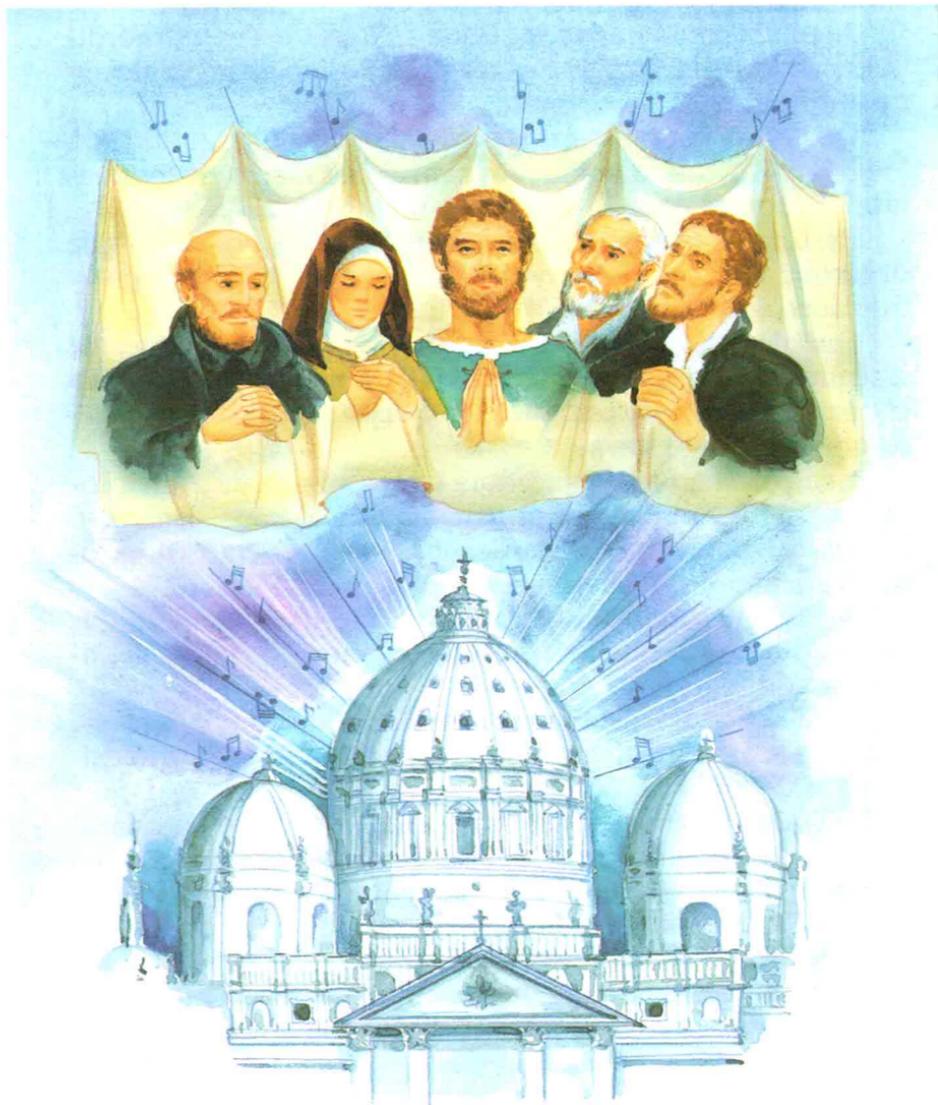
—“Santidad, —contestó uno de los acompañantes—, ¿se trata acaso de Sor Teresita del Niño Jesús que murió tísica a los 24 años en 1897?

—Sí ciertamente. Así se llama. Es un encanto de criatura. Una doctrina maravillosa y una vida encantadora. Creo que el Señor quiere que la propongamos como modelo de santidad ordinaria para nuestros días.

—Santidad —contestó el purpurado: ¿Ha pensado bien lo que va a hacer? Se trata de una chiquilla que se encerró en un convento de clausura a los 15 años, que murió a los 24 y que no hizo nada extraordinario.

—“Sí tiene usted razón eminencia, no hizo nada extraordinario pero hizo todo lo ordinario *extraordinariamente* bien hecho”.

Esto es la santidad.



Cinco grandes Santos

En el capitulillo anterior te he recordado, querido amigo, que el Señor a cada uno lo llama por un camino y que el ser Santo es la misión de todos los hombres..., pero no todos tienen que recorrer el mismo camino.

El mismo Jesús dijo un día que en “Casa de su Padre había muchas moradas...” Y son infinitos los caminos que conducen hasta aquellas moradas.

El hombre ha sido creado para que “Conozca, ame, alabe y sirva a Dios en esta vida y después le goce en la eternidad”. Pero cada uno puede alcanzarlo de modo diferente.

Si ojeamos y hojeamos —con hache y sin ella— las vidas de los Santos que son quienes mejor y más amaron al Señor, veremos que los hay para todos los gustos y de toda clase, raza, tiempo y condición: Antiguos y modernos, sabios e ignorantes, ricos y pobres, ancianos y niños, hombres y mujeres.

Pero en todos ellos hay una meta común o algo que los une inseparablemente a todos: El gran amor a Dios y a los hombres sus hermanos que han debido practicar durante su paso por este mundo, mientras eran libres, de lo contrario, no hubieran alcanzado la meta de la santidad.

¿Quién iba a decir que el 22 de marzo de 1622 el Papa Gregorio XV inscribiría en el Catálogo de los Santos a hombres cuyas ideas eran tan dispares por el tiempo y el género de vida como estos? He aquí sus gloriosos nombres:

Ignacio de Loyola, fundador, Francisco Javier misionero; Teresa de Jesús, mujer, reformadora y escritora; Felipe Neri, Apóstol de los niños rapazuelos de Roma, y nuestro héroe SAN ISIDRO LABRADOR, un pobrecito agricultor de cinco siglos antes que ellos.

En un sólo y único acto pontificio el Vicario de Jesucristo alistaba sus nombres entre los amigos más queridos de Dios y MODELOS para los hombres. A estas cinco ilustres figuras, diferentes e iguales a la vez.



Santo con pantalón y azada

Si somos un poco sinceros veremos que no estamos acostumbrados a ver entre las estatuas o imágenes de los Santos a hombres vestidos con pantalón y azada en la mano.

Quien dice azada podría cambiarla por arado o yunta de bueyes, y con chaqueta o frac.

Esto ha sido a causa de que muchos se han hecho la idea de que sólo pueden arribar a la cumbre de la santidad y ser declarados MODELOS por la Iglesia a los que un día abandonaron sus casas y abrazaron la vida religiosa de un Instituto o se retiraron al desierto a hacer penitencia.

No hay nada más falsa que esta imagen. Si el llamamiento a la SANTIDAD como nos ha recordado el Concilio es para todos los hombres y la mayor parte de la humanidad la forman los hombres y mujeres que permanecen en el mundo y en él deben sacrificarse, es lógico que sean muchos más los Santos que llevaron la vida ordinaria en sus campos, en sus fábricas, en sus talleres y en sus oficinas que los que por un llamamiento especial lo hicieron en los conventos o en la soledad del desierto.

Nos alegra, pues, conocer para tratar de imitar la vida de estos seculares que en medio del mundo procuraron no dejarse arrastrar por las máximas del mundo y ayudaron así a sus hermanos a llevar a delante la misión que de parte de Dios habían recibido.

Por el 1080 ó 1082 —los biógrafos no llegan a ponerse de acuerdo a cien por cien— nació en la villa de Madrid un niño que haría famosa la misma villa y a quien impusieron al ser bautizado el nombre de ISIDRO como recuerdo del gran arzobispo de Sevilla, Padre y Doctor de la Iglesia, SAN ISIDORO.

Madrid entonces era una pequeña villa que pertenecía en lo espiritual a la Primada sede de Toledo.



No le sonrió la fortuna

Es lógico y natural que todos aspiramos a vivir bien en este mundo. Todos queremos poseer bienes y disfrutar de bienes materiales.

Pero lo cierto es que no a todos les sonríe la fortuna y son más los que se ven obligados a llevar una vida dura y de trabajo que los que pueden “vivir de renta” o entregarse a una vida de vagancia.

Si la ley del trabajo es la ley impuesta por Dios a todos los hombres el poder trabajar será siempre un honor y una gracia.

Isidro pertenecía a una humilde familia de labradores. Le tocó vivir en tiempos de la morisma cuando la fe estaba siempre dispuesta a ser atacada por los seguidores de la Media Luna.

Cuando él nace ocupaba el trono de Castilla el rey Alfonso el Bravo.

Los padres de Isidro eran fervientes cristianos y le educaron en el santo temor de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas.

En el hogar de Isidro había que trabajar desde el amanecer hasta que se pusiera el sol.

Sus padres no podían tener el lujo de darle estudios y por ello desde que pudo ayudar en algo en las labores del campo ya iba con su padre a echarle una mano.

Sería una delicia contemplar a aquel niño débil, obediente y dulce entregado a las pequeñas tareas de ayudar a su padre entre los bueyes y los arados.

Muy pronto a aquella pobreza vino a añadirse una prueba mayor: La muerte de sus padres. El quedó huérfano y mayorcito, pidió a un buen señor que lo aceptase a su servicio del campo, aunque no fuera más que por el pan de cada día.

Este amo se llamaba Vera y pronto supo descubrir las extraordinarias cualidades de su joven criado.



La envidia es un pecado capital

El joven recién llegado a los campos del Señor Vera se distinguía de todos los demás compañeros de trabajo por su bondad, su porte distinguido, su piedad y su trabajo.

El amo empezó a tenerle una simpatía especial y a encomendarle los trabajos más delicados.

Era lógico que pronto sus compañeros clavaran los ojos en él y despertara en sus corazones el vicio de la envidia. No podían sufrir que el último en llegar fuera el preferido y acudieron a la calumnia.

Acudieron al amo para decirle que Isidro abandonaba sus obligaciones porque siempre estaba orando. El amo le reprendió pero al comprobar que era todo calumnia y envidia aumentó el afecto que sintió hacia él.

Este hecho o parecidos se repetirá con frecuencia en varios lugares y ocasiones en la vida de nuestro héroe.

El rey de los almorávides, Alí, venció al rey Alfonso el Bravo y tanto Isidro como otros muchos pacíficos y buenos trabajadores de la villa de Madrid huyeron del moro a otras poblaciones.

Isidro fijó su residencia en Torrelaguna donde tenía algunos parientes lejanos. En cuanto pudo se puso al servicio de un señor rico de la villa. Y este lo envió a trabajar sus campos junto con otros compañeros.

De nuevo el demonio de la envidia tentó a sus compañeros y le acusaron ante el amo.

Era costumbre entonces entregar por paga en vez de dinero por el servicio prestado, un trozo de tierra para que el criado se lo trabajase él mismo. El trozo de Isidro producía más grano que el del amo.

El amo, que ya miraba con recelo al fiel criado por las envidias de sus compañeros lo tomó a mal. Todo se arregló cuando Isidro fue y le dijo:

“Señor, tomad vos el grano y yo me quedaré con la paja”. Y milagrosamente la paja se convirtió en grano.



Santa María de la Cabeza

Isidro pasó algunos años en Torrelaguna.

Su amo le amaba y pronto descubrió que bajo su cuidado sus campos florecían más que los de sus amigos y vecinos. Empezó a venerar a su criado en vez de hacer caso de las envidias de sus compañeros.

Cerca de allí, en el pueblo de Uceda, había una joven modelo por su modestia, trabajo y piedad, y llegó a los oídos de Isidro que su padre quería ofrecerla en matrimonio a un joven cristiano y trabajador.

Isidro veía que así, solo en la vida, no podía seguir durante mucho tiempo y por ello fue a conocer a aquella joven de quienes tan buenas referencias tenía.

De aquel encuentro, del que todos quedaron encantados, salió la boda que pocos meses después se celebraba con gran sencillez en Uceda.

La joven se llamaba María, y era una buena imitadora de la otra María, nuestra Madre del cielo.

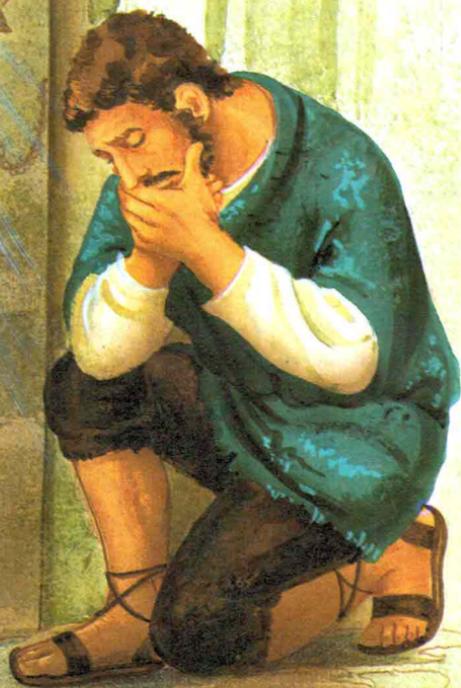
Con ella vivió durante todos los años de su vida entregado a la oración, al trabajo y a las buenas obras. María era una mujer muy honrada y trabajadora. Ella supo ser la guardiana y fiel compañera de su esposo durante todos los días de su vida.

Era un matrimonio feliz y modelo para todos los de Torrelaguna primero y la villa de Madrid después.

Los dos se dijeron así mismos:

—“Nos ha unido el Señor en santo matrimonio y para que llevemos a feliz término su obra en nosotros. Sabemos que estamos en este mundo para glorificarle y para que El sea conocido y amado por todos los hombres. Poco es lo que podemos hacer pero trataremos de cumplir con nuestro deber como buenos esposos”.

El Señor les concedió un hijo del que nada dicen los biógrafos del Santo. Pero es de suponer que de tales padres el fruto de su amor sería digno de ellos.



La palanca de la oración

Se dice que el sabio Arquímedes dijo en la antigüedad:

—“Dadme un punto de apoyo y yo levantaré el mundo”.

Pasarán muchos siglos y vendrá una jovencita enamorada de la oración y dirá:

—“Lo que el sabio Arquímedes no pudo encontrar, aquel punto de apoyo para levantar el mundo, yo lo he encontrado. El punto de apoyo para levantar el mundo es la ORACION”. Así se esperaba la santita de nuestros días Santa Teresita del Niño Jesús, carmelita.

Todos los Santos, han sido muy devotos y muy practicantes de la oración. Ellos sabían muy bien que el Señor nos había mandado en su Mensaje y el mismo Señor había practicado:

—“Orar siempre. Orar sin interrupción.” Y que los Santos todos tenían como axima:

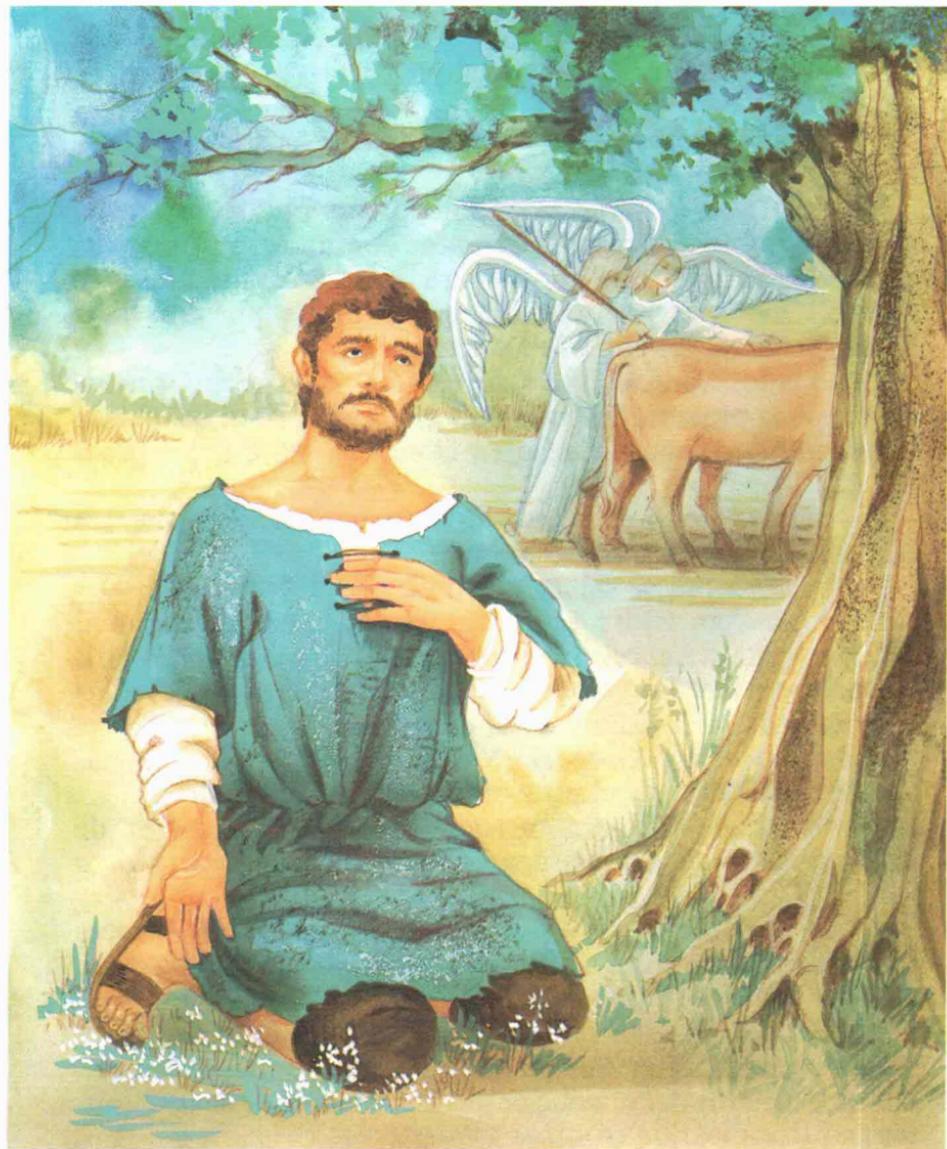
—“Quien ora se salva, quien no ora se condena”.

Por ello San Isidro Labrador era un alma de profunda oración y ella era el resorte que le solucionaba todas sus dificultades y el fiel amigo que le daba fuerzas para vencer a los enemigos de la envidia y de la calumnia.

El mismo Papa Gregorio XV en la Bula de su canonización en 1622 dijo de él estas importantísimas palabras:

—“Nunca salió para su trabajo sin antes oír, muy de madrugada, la Santa Misa y encomendarse a Dios y a su Madre Santísima”.

¡Que ejemplo maravilloso para todos nosotros! A veces nos dedicamos a mil trabajos. Vivimos en “la herejía de la acción”, decía el Papa Pío XII y no encontramos unos minutos para dedicárselos al Señor. De 1.440 minutos que nos regala cada día ¿Por qué no dedicarle por lo menos los primeros y últimos del día al que tan generoso es al darnos tantos para emplearlos en otros menesteres?



Los Angeles aran...

Se cuenta en las vidas de algunos Santos que el Señor hacía que mientras ellos se entregaban a la oración sus ocupaciones no sufrieran retraso o detrimento alguno.

Ellos —los ángeles que son nuestros servidores y mensajeros— cumplen la misión de ayudar a los hombres cuando estos se entregan a sus obligaciones para con Dios o para son sus hermanos.

En la vida de nuestro Santo se cuentan escenas maravillosas sobre este particular.

Vuelto a Madrid de Torrelaguna entró a formar parte de los criados de un señor rico llamado Juan de Vargas.

Pronto al igual que los amos que tuvo en Torrelaguna u otras partes descubrió la bondad y honradez a cartacabal de su nuevo criado Isidro. Le encargó como capataz de los demás criados.

Según su costumbre Isidro antes de salir hacia el campo o labor de trabajo recorría las Iglesias de la ciudad y pasaba horas entregado a la oración. Mientras sus compañeros que habían sido puntuales a la hora estaban ya entregados a los trabajos del campo. Pronto la envidia, a pesar de que veían las buenas cualidades de Isidro, les hizo acusarlo ante el amo.

Vargas le quiso, en cierta ocasión, seguir sus pasos. Y se escondió cerca del campo. De lejos le parecía ver una visión celestial: Veía que a ambos lados de la yunta de bueyes de Isidro había otras dos parejas de bueyes dirigidos por hombres vestidos de blanco.

Al llegar donde Isidro estaba no vio más que a Isidro arando, y le preguntó:

—“¿Dónde están los que te ayudaban a arar?”.

—“Señor, no ha habido nadie conmigo”.

Eran los ángeles que le ayudaban para que su trabajo fuera mayor y su rendimiento también que el de los envidiosos compañeros.



Callad, callad

El Concilio Vaticano I nos ha recordado las diversas formas o maneras cómo se manifiesta el Señor. Cómo podemos descubrirle.

Una de ellas contemplando la naturaleza.

En la vida de los Santos se cuenta cómo ellos sabían elevar su espíritu a la más alta contemplación mientras veían la naturaleza. Las maravillas que Dios ha hecho para recreo del Rey del universo que somos los hombres.

Se cuenta que San Francisco de Asís, el dulce Poverello y la mística carmelita Santa María Magdalena de Pazzi cuando paseaban por el jardín y contemplaban las hermosas y fragantes florecillas les decían:

—“Callad, callad, ya sé que estáis diciendo que ame a Dios como vosotros le amáis y yo no lo hago”.

Algo parecido sucedía con Isidro Labrador. El veía a Dios en cada una de las piedras y las plantas.

Al arrojar la semilla al surco se acordaba de aquello de que “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no puede ser fecundo”.

El contemplar el correr de los arroyuelos que daban vida a las plantas recordaba la Invitación a correr al Señor como los ciervos corren a la fuente.

Cuando veía las raíces de los árboles que se internaban en la tierra en busca de agua para poder vivir y dar fruto se veía retratado en que también él debía esconderse en su interior y después de morir a sí mismo tratar de dar frutos de buenos ejemplos para que los demás —amos y compañeros— viendo las buenas obras alaben al Padre Celestial.

Cuando llegaba el tiempo de la recolección del trigo pensaba en la Eucaristía a la que amaba con toda su alma y trataba de recibir cada día en su corazón, y no se olvidaba de que en el Padre Nuestro decimos: “Danos nuestro pan de cada día”.



María era su Madre

No podemos jamás encontrar un Santo que no haya sido tiernamente devoto de la Virgen María.

San Isidro recibió de sus santos padres esta devoción a la Madre de Dios y nuestra y trató de vivirla durante toda su vida.

Cuentan sus biógrafos que siempre que podía iba a visitar a la Virgen de la Almudena o a Nuestra Señora de Atocha y que se derretía en actos de amor ante aquellas veneradas imágenes de María.

Con frecuencia se olvidaba de que había curiosos que recogían sus palabras... y, sobre todo cuando caía en éxtasis arrollador, entonces su corazón semejava un horno encendido de actos de amor hacia la Señora.

Al pasar por delante de estas Iglesias marianas y cuando por su deberes de criado no podía detenerse, dicen que su rostro se iluminaba y saltaba de alegría, hacia la señal de la cruz y lanzaba a la Virgen María los más suaves requiebros.

Aunque él era pobre sabía que algunos lo eran más y conocía la doctrina cristiana sobre la limosna y que era una obra de misericordia dar limosna al necesitado. Nunca acudía un pobre a su puerta que no recibiera de lo que él tenía en casa.

Los sábados, en obsequio a María, hacía una holla mayor de comida y estaba dispuesta a sentarse a su mesa cuantos pobres querían compartirla con él.

Había una ermita muy venerada que tanto Isidro como su mujer trataban de asearla y de que nunca le faltase el aceite a la lámpara. Ambos cuidaban su culto con gran esmero.

Esta ermita se llamaba Santa María de la Cabeza y de aquí vino el sobrenombre a su mujer que se llamaba María.

Amad a Dios y al prójimo

Nos gusta saber las últimas palabras o testamento espiritual de los Santos y amigos de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo nos resumió todo su sublime MENSAJE en sus siete Palabras desde la Cruz.

También nuestro Padrón de España y Protector de todos los agricultores de España dirigió unas palabras aleccionadoras a todos los asistentes en aquellos sublimes momentos, especialmente dirigidas a sus deudos:

—“Exhortó a los suyos al amor a Dios y al prójimo e hizo humildísima confesión de sus pecados”.

Así dice la Bula de su Canonización de 1622.

Recibió con gran fervor el Santo Viático y la Unción de enfermos.

Aquel buen labrador que tantas veces había gozado de gracias sobrenaturales y que trataba con los mismos ángeles como sus mejores amigos, es de suponer que en estos últimos y decisivos momentos estaría muy bien asistido y que gozaría de gracias exquisitas.

Después de muerto empezó a hacer más prodigios todavía que había obrado durante la vida.

Fue sepultado en el cementerio de San Andrés y a pesar de estar enterrado sin condiciones para su conservación después de cuarenta años de su muerte fue examinado y se encontró que estaba incorrupto, fresco como el primer día y que exhalaba un perfume embriagador.

Un amigo suyo trasladó su cuerpo del cementerio común a la Iglesia de San Andrés, donde se dice que había sido bautizado.

Reyes y grandes de España le han profesado siempre una gran devoción y se han postrado ante este humilde labrador pidiendo su protección.

Madrid le obsequia cada año con grandes festejos durante el mes de mayo.



9 788477 704324